

y cariñosas palabras de su madre, las enseñanzas de sus maestros, las leyes santas de la Iglesia, como que no siente los estímulos de su conciencia, que le advierte que va á rifar el tesoro preciosísimo de su inocencia y de su candor. Lo turban las palabras de la serpiente; si será verdad dice, si solamente como una amenaza para obedecer sus preceptos me diría Dios al sacarme de los abismos de la nada: "Mira, todo te está permitido, yo sembraré de flores el camino de tu vida, yo seré el ángel tutelar que te proteja todos los días de tu vida, me tendrás á tu lado, beberás el agua limpia y fresca que brota de estas fuentes sólo no comerás del fruto del árbol prohibido." Si será verdad que se ha de cumplir en mí la terrible sentencia, "porque moriréis de muerte irremisiblemente moriréis" ¿Pero la serpiente lo atrae, lo seduce, lo halaga ¡Ah, mis hermanos! Ya se encamina el pobre joven llevando oculto como un tesoro robado, ese libro que va á hacer la maldita causa de su corrupción, como si temiera los ojos de los extraños. Una especie de secreto pavor lo consume: por una parte, siente la indefinible ansiedad de devorar esas páginas; por otra, su inocencia se alarma, su corazón se agita, una especie de vago presentimiento de la muerte visita su alma y pretende alejarla de sí; quisiera sustraerse á las miradas de su propia conciencia, quisiera leer sin tener el sentimiento de lo que lee, quisiera hablar con la serpiente, escuchar sus coloquios, pero no se atreve porque su deformidad lo espanta ¿Qué hace pues? Se oculta, se esconde, luego abre ese libro precursor de la muerte, comienza á leer, recorre avidamente sus páginas que destilan de cada una de sus letras el veneno mortífero de la corrupción, y á medida que le presta más atención un funesto interés se despierta en el fondo de su alma. Después de haber devorado unas cuantas páginas, comienza á sentir la fiebre y entonces nadie ni nada puede

contenerlo. Ya está sembrada la semilla, ya siente que circula por sus venas el veneno que está bebiendo, su imaginación delirante se siente poseída del mal. Y entre tanto pasan las horas y las horas, y el joven desgraciado no ha dejado su tarea, llega el cansancio, llega la noche, en la cual debiera interrumpir esa ocupación maldecida; pero el sueño ha huído de sus ojos, junto con la inocencia que no volverá más. Y no halla reposo ni descanso hasta que en larga y triste vigilia, acaba de devorar el libro funesto que ha de producirle su condenación! ¡Oh infortunado joven! ¿Qué se ha hecho la conciencia, el pudor, la dignidad, rica herencia de tu educación cristiana? ¡Ah! Cómo quisiera, mis hermanos, que pudierais asistir á esa lucha interior entre la inocencia y el espíritu del mal, disputándose un corazón, una alma que han pertenecido á Dios, á la virtud, á la justicia y que dentro de un momento van á ser presa de la corrupción. Como quisiera yo que la sabiduría de Dios transparentase ese momento de incertidumbre terrible, en que no sabe el alma si se decidirá por la causa de la virtud, que ha sido el encanto de su niñez y la más preciada joya de su vida; ó si se echará en los brazos de ese genio maléfico que lo encanta para perderlo! ¡Lucha verdaderamente terrible! Por un lado, oye las sollicitaciones de Dios, de su ángel bueno; por un lado los recuerdos de las delicias de la piedad y la inocencia; por un lado, las horas de felicidad pasadas en los juegos infantiles y en los entretenimientos honestos; por el otro, los fantasmas, las ilusiones que lo halagan, que lo seducen, que lo atraen produciéndole una especie de sonambulismo moral, en el cual siente que se va entenebreciendo su corazón, que se va ofuscando su conciencia con una especie de sueño moral, para no ver ya los esplendores de la virtud, para no oír las voces amables y dulcísimas de su Dios! Así se cumple en él esta profecía: "que tienen ojos y no ven, oídos y no oyen y sólo palpan tinieblas."

¿Cómo no han de padecer miserable é irremediable naufragio la virtud, el pudor, la inocencia, el decoro; todas las virtudes, cómo no han de padecer miserable é inevitable naufragio, cuando en esas malditas páginas ¿sabéis lo que ha leído? Pues ha leído que el deber es una invención humana, que la conciencia es un fantasma, que el sacerdocio pretende engañar á los ignorantes, que la felicidad consiste en la satisfacción de los placeres, que donde está el placer allí está el verdadero deber y la única dicha del hombre, que todos los medios empleados para alcanzar las riquezas son legítimos, que la fortuna es la gran divinidad á la cual deben adorar los hombres, que el éxito y el triunfo sancionan todas las empresas, y son la única regla para juzgar de lo bueno y de lo malo, que cuanto el hombre haga, si lo conduce á la satisfacción natural de sus apetitos, está de antemano legitimado, porque deben seguirse las inclinaciones todas de la propia naturaleza. He allí en lo que consiste la verdad y la virtud, he allí lo que á todos arrastra, mis hermanos. ¿Qué puede quedar en su corazón después de tan abominable lectura? El autor ha tenido cuidado de enseñarle que no haga caso de las voces de su conciencia, que mire al rededor de sí y vea como sonrío la diosa de la fortuna á los que caminan por sus senderos, que contemple como están elevados sobre el pedestal de los más grandes honores, hombres que la sociedad hubiera rechazado de su seno, que vea como realmente en la distribución de los favores y empleos del mundo, no se tiene en cuenta esas preocupaciones de la virtud y del vicio, sino que distribuye el mundo sus empleos según los grados de la riqueza y de la dignidad, que por tanto para vivir alegres en este mundo, término único de la vida humana, no hay más que dejar á un lado las preocupaciones de la niñez, los sofismas de la religión, los engaños del sacerdocio y buscar ávidamente por

todos los medios posibles, riquezas para gozar de ellas, satisfaciendo ansiosamente todas las necesidades humanas, entregándose con absoluta libertad á todos los placeres, antes que los deshoje la mano empolvada del tiempo. Ya está pues dispuesto, con mano trémula al principio, pero firme y segura después, el audaz jóven, á beber la copa que le ha presentado el mundo en ese libro infame, lleno de veneno y de corrupción. Sólo le faltaba la última prueba y ya lo tenéis convertido en libre pensador. Desde hoy se burlará de la religión, llamará á los sacramentos fábulas, invenciones, mitologías sacerdotales. Perseguirá de muerte, y de una manera que causa espanto, perseguirá de muerte, con una especie de furor satánico, el sacramento regenerador de las almas; buscará como una ave de rapina ansiosa de devorar, buscará por doquiera víctimas en qué saciar el furor de sus pasiones. Experto en el arte funesto de corromper, las engañará, las seducirá, cautelosamente, refinadamente, con una malicia propia del infierno; á sabiendas de que va á manchar una alma en su corrupción, de que va á ultrajar su inocencia, de que va á pisar impiamente las delicadas flores que han brotado en ese jardín misterioso del alma, bajo el soplo bendito de Dios, y con una especie alegría maldita, se gozará en la muerte de sus incautas víctimas.

No contento con haber disipado como el pródigo todas las riquezas de su tesoro, el tesoro de su herencia, su inocencia, todas las flores de su alma; no contento con haberlo sacrificado todo, para que sea presa del mundo, para saciar la voracidad del mundo, se empeñará en ser su propagandista, su secuaz. Buscará afiliados para esa empresa de corrupción. Envenenará á la juventud con los malos libros; y entonces empleará dinero, industrias, artificios, recompensas, amenazas, para difundir ese veneno que lo ha corrompido á él, que lo ha muerto. Presa del funesto deseo

de comunicar el contagio, las llamas que lo incendian, los odios que lo devoran, quisiera ver el mundo entero convertido en una sola víctima y saciar en esa víctima sus pasiones; entonces derrama libros por todas partes, sorprende el hogar, burla la vigilancia de los padres, introduce furtivamente esos libros, los recomienda, los aplaude, hace su elogio en palabras encantadoras, se hace ofrecer de una manera solemne que serán leídos, reclama, exige el cumplimiento, investiga y pregunta todos los días, cuantas páginas han devorado; y luego que se ha consumido ese libro, busca otro y mil más para propagarlo y difundirlo. Y no contento con eso el desgraciado joven, ebrio ya, enfurecido ya, sin conciencia y sin honor, habiendo dado muerte á los estímulos últimos de su corazón, habiéndose agotado por completo toda esperanza de vida, sin Dios y sin ley, desesperado, embotado, cansado del placer porque lo ha agotado, fastidiado de todo; porque sus ojos, sus oídos, sus sentidos todos, se han paseado por todos los jardines de la vida, han gozado de todos los placeres y ha llegado la hora del tedio y del fastidio; pero devorado siempre por el fuego de sus pasiones y no hallando como satisfacerlas, entonces lo que quiere es inflamar el mundo con sus incendios, y se afilia á alguna de esas sociedades tenebrosas, y pronuncia alguno de esas abominables juramentos, como de perseguir á la virtud, el culto de Dios, si fuera posible extinguirlo del mundo. ¡Juramentos de ateísmo que estremecen al cielo y producen una infernal carcajada en los abismos!

¡Ah! Ya está pues perdido sin remedio. Tal es, mis hermanos, el cuadro, aunque muy mal trazado, de los funestos efectos causados por la lectura de los malos libros. Ya no os extrañaréis, de la decadencia de la moral pública, de que hayan huído por completo de las costumbres sociales, todas

esas muestras de inocencia, que formaban el encanto de la juventud y que hacían su felicidad; ya no extrañaréis de niños y niñas que no han concluido su educación primaria y que por la lectura de esas abominables novelas que leen y que nadie se atreve á nombrar se corrompen lastimosamente.

Yo no puedo terminar este discurso sin conjuraros, en nombre de Dios creador de las almas, sustentador de ellas, que las mantiene con el aliento divino de su boca, que ha encendido en ellas la luz de su mirada, que se recrea contemplando esa maravillosa obra de sus manos, que convida á los ángeles para que le rindan acción de gracias en señal de alabanza por haber creado esto preciosísima imagen de su perfección. ¡Sin padres y madres de familia. En nombre de ese Dios creador de las almas, inspirador de la inocencia, premiador de la virtud, renumerador único de la justicia, yo os conjuro. ¡Ah! Querría tener ahora, no la vana elocuencia del hombre, sino la celestial y divina elocuencia que el Espíritu Santo sabe inspirar á sus oráculos, para enternecer vuestro corazón, ablandar vuestro entendimiento, y haceros prometer en presencia del Dios vivo, postrados allí, ante la cruz de la redención, haceros prometer una solicitud, un empeño verdaderamente digno de la santidad de la conciencia, de la gloria de Dios, acerca del porvenir de vuestros hijos, haceros prometer esa vigilancia extrema, para que los malos libros no caigan en poder de los tiernos frutos de vuestro cariño y amor. ¡Ah! ¡Quién me diera lágrimas abundantes para llorar sobre la ruina de tantas almas! ¡Quién me diera lengua de santo para condenar los funestos estragos de esa propaganda de los malos libros! ¡Ah! ¡Cómo pudiera yo penetrar en el corazón de cada uno de los padres y madres de familia, abrazarme de ese corazón y pedirles de rodillas á sus pies, que apartasen á sus hijos de este funesto y terrible nau-

fragio! ¡En vano lloraréis, padres y madres de familia, sobre la temprana corrupción de vuestros hijos! Acordáos que no habéis sabido cerrar herméticamente las puertas á esos mercaderes de la iniquidad, á esos heraldos del infierno! ¡Niños de pocos años que han leído ya las más abominables producciones del ingenio humano pervertido por la corrupción!

¡Oh Señor! Tú que nos has dicho que por la conversión de un pecador, los ángeles se alegran ¿cómo no nos has dicho, la pena que te causa la ruina de la inocencia, el naufragio del candor? ¡Ah! Para qué nos lo habías de decir, cuando tu divina boca nos lo ha enseñado: acordáos de que la niñez y la juventud han sido la niña de los ojos de Nuestro Señor; acordáos de la tierna escena que nos dice el Evangelio, que extendiendo su divina mano acariciaba las cabecitas de los niños, como si quisiera dispensarles su ternura, y reprendía á sus discípulos, que impedían el que se acercasen á Nuestro Señor diciéndoles: “dejad á los niños que vengan á mi, pues de ellos es el reino de los cielos”, y luego amenazaba con su justicia, con los rayos de su cólera, á cualquiera que escandalizara á uno de esos pequeñuelos.

¡Ah! Por el amor que tenéis á nuestra Patria, salvad á la inocencia expuesta; salvadnos, Señor, porque la santidad se ha hecho rara en este siglo, á causa de la eliminación de la virtud entre los hijos de los hombres ¡Que tu diestra omnipotente confunda la iniquidad de esa lluvia de mentiras! ¡Sí, Señor! Salvadnos de esta generación impía de filósofos incrédulos, que amenazan destruir el mundo, sumergiéndolo en un abismo de corrupción; pero sobre todo, Señor, libértadnos de las garras de este enemigo de tu nombre, de la gloria de tu reino en la tierra, hazlo así por la gloria de ti mismo, por la honra de la iglesia, y más que todo por amor á la inocencia, impíamente, barba-

ramente, salvajemente sacrificada por esos devoradores de lo más precioso, de lo más estimado, de lo más santo que hay en la tierra, la inocencia, el candor de la juventud; y que al contrario esas lenguas infantiles, solo se empleen en alabarte, en bendecirte, en cantar tus glorias, antes de que se corrompan ¡Oh! ¡Cómo quisiera poder condensar aquí todo el terror de todos los santos, de los ángeles, de la inmaculada Madre, para poderte pedir que, antes que se corrompan, las llenes de los auxilios de tu gracia, á fin de que no sean demonios en la tierra, el horror de los demás; sino ángeles del cielo, que te alaben, te bendigan y sean felices por toda la eternidad.

